

un Dios común, ante el cual todos los pueblos y todas las condiciones son iguales, un Dios á quien todos deben servir igualmente con la inteligencia, con el corazón, y con la acción, ese Dios, pues, no pudo nunca ser imaginado por todo el Paganismo, con todo su trabajo intelectual. Ni la filosofía y la civilización griegas, ni el cosmopolitismo romano, fueron capaces de semejante sabiduría. Y, cosa curiosa, sólo aquel pueblo, el más insignificante de todos desde el punto de vista político, científico y artístico, el más feroz en cuanto al carácter, el más aislado por su constitución, sólo aquel pueblo poseyó una concepción de Dios, única digna de Dios, una filosofía única, que pudo elevar al hombre de su abatimiento y transformarlo desde el punto de vista moral, una manera de considerar al mundo única, capaz de impedir que la humanidad se convirtiese en despojos incoherentes ú hostiles, y de preservarla del reblandecimiento intelectual, una religión, única entre todas las religiones de la antigüedad, que es católica, interior y santa, y que exige de sus adeptos sentimientos católicos, interiores y santos.

Este enigma no puede resolverse por medios naturales. Sólo hay una clave de explicación para este hecho, por decirlo así, incomprensible, y es la historia santa la que la da con el relato de que Dios, en la Revelación sobrenatural, se ha dignado rebajarse hasta ese pueblo, el más incapaz y el más recalcitrante de todos, y hablarle un lenguaje humano, para vencer, por un milagro de la gracia, la enfermedad de la naturaleza.

**5. El Cristianismo es desde luego la restauración del conocimiento de Dios, oscurecido en el Paganismo.**—Por otra parte, Dios no ha cesado jamás de ofrecer testimonios de sí mismo en el mundo, y éste no puede rehusarle este testimonio. Ha dispensado sin medida las lluvias y las estaciones favorables. <sup>(1)</sup> Los hombres podían perfectamente conocerle, y les era imposible ignorarle. Pero, carnales y duros como eran, justamente hacían lo con-

(1) Act. Ap., XIV, 16.

trario de lo que les había enseñado, ya por la vía natural, ya por la sobrenatural, no siguiendo en todo más que la inspiración de su placer. Nada tienen que echarse en cara los unos á los otros, todos han cometido las mismas faltas, todos han caído igualmente en el error; <sup>(1)</sup> los judíos y los paganos han desconocido á Dios de la misma manera; han desfigurado su verdad, y no le han tributado el honor que le debían.

La primera empresa que el Cristianismo tenía, pues, que realizar, consistía en enseñar á purificar y á poner en claro lo que el mundo había conocido de Dios hasta entonces por modo incompleto, lo que sabía de él, pero de una manera confusa y mezclada con toda suerte de errores, lo que había olvidado de él en todo ó en parte. No era un Dios nuevo el que desde luego debía proclamar, sino que era aquel mismo Dios que, en los tiempos pasados, habían presentido los paganos y le habían buscado en medio de su ignorancia. <sup>(2)</sup>

Su superioridad sobre el Judaísmo no consistía en querer destruir y establecer algo completamente nuevo, sino en perfeccionar lo que Dios había comenzado por medio de él y que á menudo habían desfigurado los hombres. <sup>(3)</sup> Aquel mismo Dios que los judíos habían adorado en Jerusalén, aquel Creador Todopoderoso del cielo y de la tierra, el verdadero Dios que castiga los crímenes de los padres en los hijos hasta la cuarta generación, si éstos se conducen como sus padres, <sup>(4)</sup> aquel Dios, que es misericordioso por millares de veces con los que le aman y guardan sus preceptos, <sup>(5)</sup> aquel Santo entre los santos, al cual nadie puede acercarse, sino santificándose, y no con palabras huecas é hipócritas, es el que también nosotros adoramos; sólo que le adoramos en espíritu y en verdad. <sup>(6)</sup>

(1) Rom., III, 23; XI, 32.

(2) Act. Ap., XIV, 14 y sig.; XVII, 23.

(3) Matt., V, 17.

(4) Deut., V, 9. Exod., XX, 5. Cf. á este objeto Ezeq., XVIII, 2 y sig.

(5) Deut., V, 10.

(6) Joan., IV, 23, 24. Phil., III, 3. Hebr., VIII, 10.



Todo lo que un hombre, poeta griego, bardo celta ó esclavo etíope, puede pensar de verdadero y digno sobre Dios, lo piensa y lo enseña también la fe cristiana. Y cuando en los papiros egipcios, que cada día se exhuman del polvo, cuando en los sabios de Asia, con lo cuales nos familiarizamos cada día más, se descubren sobre Dios muchas verdades sublimes que honrarían á un doctor cristiano, somos los primeros en regocijarnos, y quizás somos los únicos cuya alegría sea pura y sin reservas mentales.

En efecto, la gloria de nuestra religión no consiste en decir que sólo ella conoce á Dios y nadie más fuera de ella, ni en que sólo ella ofrezca sobre Dios lo que no se ha dicho todavía, sino que lo que considera como su triunfo es conocer la verdad sobre él, enseñar la verdad por completo, y no despreciar ninguno de los pequeños fragmentos dispersos de la gran verdad, cuyo conocimiento ha sido manifestado aquí y allá, á trozos, á ciertos espíritus que lealmente la buscaban, ya en los tiempos antiguos, ya en los modernos. Sólo una alma mezquina, una alma profundamente infeudada al error, puede creer que es perjudicial á nuestra religión el probar que tal ó cual concepción consoladora y sublime sobre la bondad, el poder y la justicia de Dios, encontrábase ya miles de años antes en los escritos de los pueblos orientales. Esto no es una desventaja para nosotros ni objeto alguno de aflicción. No con envidia acogemos tales comunicaciones, sino que, con gratitud sincera hacia Dios, y con alegría cordial, nos complacemos en que nuestros hermanos no hayan olvidado por completo á Dios. Vemos en ello una prueba de la verdad de nuestra fe, la cual nos enseña que los hombres han admitido constantemente la existencia de un Dios vivo, y que no ha habido jamás pueblo alguno que haya ignorado á Dios. ¡Ah, si en todas las épocas hubiesen sido tan bien ilustrados sobre él como lo son actualmente por su gracia! Hubo un tiempo en que le conocían más exactamente; pero ¡cómo cambiaron después las cosas por su falta! El hecho más triste de la historia es que, en los

tiempos antiguos, los hombres tenían sobre Dios ideas mucho más exactas que en los más recientes, en que dominó el pecado y sumergió á los espíritus en las tinieblas, hasta el punto de que corría el peligro de caer en la más completa ignorancia sobre su origen y destino, si la Revelación de Dios no hubiese restaurado la fe oscurecida. <sup>(1)</sup>

**6. El conocimiento sobrenatural de Dios en el Cristianismo.**—Esto no quiere decir que nuestra fe no enseñe sobre Dios más que cosas que eran ya conocidas de mucho tiempo atrás. Dios, que nada hace en vano, no hubiera hecho tan largos preparativos, durante siglos, y no hubiera dejado que los hombres le invocasen con gritos tan dolorosos, si no hubiese querido comunicarles más que lo que podían aprender por cualquier filósofo de Atenas ó de Alejandría.

No debemos apreciar en poco—y ciertamente no procedemos así—el que la religión cristiana haya restablecido en toda su pureza el culto natural de Dios, el conocimiento natural de Dios, y la virtud natural; pero tiene una importancia incomparablemente mayor en cuanto es, en el sentido propio de la palabra, una religión sobrenatural; esto es lo que constituye su valor propio.

Nos ha hecho conocer sobre Dios misterios que permanecían ocultos en su seno de toda eternidad, que ningún ser creado hubiera podido descubrir jamás, y que sólo podíamos conocer, si él nos los comunicaba directamente. <sup>(2)</sup>

Éstas son ante todo las enseñanzas de la Revelación divina relativas á la misma existencia de Dios, á la unidad de las tres personas y á todo lo que comprende este abismo insondable de vida, de majestad, de santidad y de misericordia.

Nadie podía penetrar en ellas por la propia fuerza de su

(1) Rom., I, 18 y sig. Eph., IV, 17 y sig. Sap., X, 8; XIII, 1 y sig.

(2) 1 Cor., II, 7 y sig. Eph., III, 8. Rom., XI, 34. Joan., I, 18; III, 13; VI, 46. Job., XXXVI, 23, 26. Sap., IX, 13; XVII, 1. Eccli., XVI, 21 y sig; XVIII, 1 y sig.; XXIV, 39. Is., XL, 13. Jerem., XXIII, 18. Bar., III, 15, 24, 25, 29.



genio. Pero lo que era superior, por lo recóndito, á los sabios de este mundo, Dios lo ha revelado por su Hijo.

Sólo éste nos lo podía revelar, pues sólo él conoce al Padre, como también sólo el Padre conoce al Hijo. <sup>(1)</sup>

Pero la burda inteligencia humana, que gusta más descender, por la crítica, de lo elevado hacia su pequeñez, en vez de elevarse, por la sumisión, á lo que está por encima de ella, dice, y por cierto con mucha complacencia: Pero ¿de qué nos sirven cosas que nos han sido comunicadas acerca de Dios y que no podemos comprender? ¿Qué nos importa que nos digan que Dios es dichoso por sí mismo, ó que no necesita de nosotros? Esta objeción prueba, no sólo la miopía del hombre, sino también su ingratitud. Pues no sólo nos permite Dios penetrar con la mirada en el misterio de su vida interior, á fin que caigamos de rodillas y adoremos su grandeza inconcebible, sino también para que, ya en este mundo, para nuestro consuelo y para animarnos en la lucha de la vida, tengamos una pálida idea del esplendor y de la beatitud que nos ha preparado en la eternidad.

Porque, en segundo lugar, nuestro Dios se nos ha revelado, no sólo como nuestro supremo dueño, sino como nuestro verdadero término. No sólo se nos ha comunicado rodeado de la inmensa plenitud de sus perfecciones, de su propia beatitud, sino como el que quiere ser nuestra bienaventuranza. «Yo, dice, quiero ser tu suprema recompensa». <sup>(2)</sup>

En tercer lugar, al mostrarnos esta recompensa sobrenatural, nos ha impuesto el deber de vivir una vida que supera en mucho las exigencias de la más alta filosofía humana. Los hombres pueden tomar la medida de su perfección sólo de sí mismos; pero Dios se nos ofrece Él mismo como término y modelo. Por esto nos ordenó que fuésemos perfectos, que nuestro Padre celestial, <sup>(3)</sup> y santos en

(1) Matt., XI, 25 y sig.

(2) Gen., XV, 1.

(3) Mateo, V, 48.

nuestra conducta, según la santidad de Aquél que nos ha llamado, <sup>(1)</sup> á fin de que anunciemos las fuerzas de Aquél que nos ha sacado de las tinieblas, destinándonos á su luz maravillosa. <sup>(2)</sup>

Á fin de que nadie pudiese excusarse alegando que esto supera la capacidad humana, Dios nos ha dado, en cuarto lugar, mediante la gracia sobrenatural, una fuerza extraordinaria para la realización de nuestros deberes de cristianos y para alcanzar nuestro fin. Á este efecto, envió personalmente á su Hijo en forma humana á la tierra, á fin de que todos los que quieran poseer la vida eterna, tomen como modelo su vida y se eleven al punto de donde Él bajó, y como prenda de su salvación, se fortalezcan interiormente para alcanzar este fin. <sup>(3)</sup>

Este es el conjunto de la fe cristiana acerca de Dios y su relación con el hombre. Los puntos sobrenaturales de la enseñanza cristiana sobre la salvación no son únicamente un adorno ó cosas accesorias, sino que componen su esencia. El que los desconozca ó desfigure, atenta á la vida del Cristianismo. Todo menosprecio por nuestra religión proviene de dos causas: ó de la mentira ó del relajamiento de lo sobrenatural.

Parece increíble, pero es un hecho probado por repetidas experiencias, que aquellos hombres que niegan los atributos divinos perceptibles á la razón, v. g., su justicia ó su providencia, se convierten con mayor facilidad y más de prisa que aquellos otros, medio creyentes, que blasonan constantemente de su religión y que se complacen en llamarse buenos cristianos, pero sin querer saber nada de lo sobrenatural de la fe y vida cristianas, ó que sólo toman de ellas lo que es de su gusto personal.

**7. El Dios cristiano es un Dios más humano que todos los humanos dioses.**—Pero se nos puede objetar que, si la esencia de la Revelación cristiana consiste en

(1) I Pedro, I, 15.

(2) I Pedro, II, 9.

(3) Johan., III, 16.



aquellas verdades sobrenaturales que la sabiduría de este mundo no ha conocido, <sup>(1)</sup> las cuales, sin comunicación divina, no puede penetrar el entendimiento, <sup>(2)</sup> ¿cómo es posible explicar que la Sagrada Escritura hable tan poco de ellas, y si lo hace, lo haga de la misma manera que si se tratase del catecismo más sencillo?

Esta objeción nos ahorra el trabajo de fijar la atención sobre un punto que constituye el honor de nuestra fe y hace conocer á nuestro Dios por completo. Nuestra fe, es como Aquél que nos la ha revelado. Jesucristo, siempre y en todas partes, ha manifestado su divinidad de modo tal, que no parece sino que el Hijo de Dios se ha ocultado tras el Hijo del hombre. Los poetas y los pensadores mundanos envuelven lo poco que saben de Dios en palabras pomposas é imágenes oscuras, tratando de ocultar el poco sentido que contienen con el brillo exterior. Pero el signo distintivo de la Revelación divina consiste en expresar los más grandes misterios del orden sobrenatural, de la manera más sencilla, tanto, que un niño pueda comprenderlos, y que cada uno crea poder superarlos sin esfuerzo, y que, no obstante, no pueda jamás alcanzarlos. La divina sabiduría sólo ha hablado en figuras y parábolas. Los pequeños las han comprendido, pero los grandes se han quedado paralizados ante esta doctrina, sin poder comprenderla. <sup>(3)</sup>

La diferencia entre el conocimiento natural y el de la Revelación sobrenatural acerca de Dios, es, en verdad, muy grande. En aquél, todo se reduce á palpar y buscar, en éste, se halla la posesión clara; allí esfuerzos sobrehumanos de hombres vulgares, cual si quisieran tocar á rebato y despertar la opinión, como si tuviesen que comunicar algo que supera el horizonte ordinario de la vida; aquí, por un lado, pacífico descenso hacia el hombre, y, por otro, ele-

(1) I Cor., I, 21.

(2) I Cor., II, 9.

(3) Matt., XIII, 35. Marc., IV, 34. Is., VI, 9. Matt., XIII, 14 y sig. Marc., IV, 12. Luc., VIII, 10. Joan., XII, 40. Act. Ap., XXVIII, 26. Rom., XI, 8.

vación insensible del hombre á una comprensión superior; allí palabras que llaman á las puertas de la inteligencia, pero que la dejan fría; aquí flechas que penetran el corazón y lo inflaman. Sí, esta es la verdadera expresión. La ciencia del mundo nos enseña, si puede elevarse á tanto, un Dios al que discute la cabeza y del cual habla la boca; la Revelación cristiana nos ofrece un Dios que calienta y llena el corazón. La filosofía nos hace, en el mejor caso, conocer un Dios que ha hecho salado el mar y sembrado el Universo de estrellas, por cuya sabiduría las gotas de agua se convierten en pan, el ilimitado espejo del mar en diamantina bóveda de hielo, y el carbón en luz deslumbradora; la religión de Cristo nos lleva á los brazos de un Dios que está cerca de nosotros, de un Dios que no sabe pintar mejor que diciendo: «Se nos ha revelado la bondad y amabilidad de Dios, nuestro Salvador». <sup>(1)</sup>

¡Extraña contradicción! Los hombres han imaginado dioses según su capricho, y han encontrado sólo dioses enemigos ó extraños á los hombres. Sólo á la revelación divina debemos el conocimiento de un Dios humano.

En toda la antigüedad, sólo en Atenas encontramos un altar del Eleos, <sup>(2)</sup> de la misericordia. Pero nada saben de cirnos de esta divinidad los antiguos, los cuales, sin embargo, tantas cosas nos refieren de Júpiter y de sus hijos. Semejantes ideas carecen de sentido. Supieron idear un dios de la riqueza, pero ni siquiera pudieron concebir un Dios de los pobres. Conocieron un dios del dinero, pero no de la limosna, un dios de la venganza, pero no de la reconciliación. Para los felices tenían dioses sinnúmero, pero admitir esclavos para el servicio de sus dioses, era un crimen que sólo podía expiarse con la muerte del criminal que tan atrevido fuera. <sup>(3)</sup>

Sabían cantar á los dioses de la belleza, del himeneo,

(1) Tit., III, 4.

(2) Pausan., I, 17, 1. Apollodor., 2, 8, 1, 2; 3, 7, 1, 3. Lucian., *Timon*, (5) 42. Quintilian., 5, 11, 38. Apulei., *Metam.*, (11, París, 1875, p. 406). Claudian. *Gild.*, 405. Statius, *Theb.*, 12, 497 y sig.

(3) Val. Maxim., I, 1, 17.



de los placeres sensuales, pero no tenían el menor presentimiento de una divinidad que enseña el amor al enemigo, la continencia y el sacrificio. En los tiempos antiguos, veneróse la modestia en Atenas <sup>(1)</sup> y en Roma, <sup>(2)</sup> pero este culto, dice Livio, hacía mucho tiempo que estaba abandonado.

En una palabra, aquellos sabios proclamaban, con frases sonoras, una divinidad que, según la expresión de uno de ellos, nada tenía que hacer ni nada hacía por nadie, una divinidad sin cabeza y sin corazón; <sup>(3)</sup> pero nada sabían ni querían saber de un Dios que se sacrificó por amor por nosotros, de una sabiduría que, por nuestra debilidad, se hizo necedad, de un poder infinito que se hizo niño y siervo de todos. Y tan poco comprendían esto, que, más tarde, ellos mismos, cuando hicieron todo lo posible para eclipsar nuestra doctrina con su supuesta más elevada sabiduría, no contradijeron en modo alguno este punto que constituye nuestro consuelo y nuestro honor.

Refiérenos San Agustín que, en los días de su extravío, cayó por casualidad en sus manos un libro muy sabio de un hombre cuyo orgullo le había vuelto loco. Contenía el libro las más profundas doctrinas de la fe divina sobre la Encarnación del Verbo, copiadas de los libros cristianos. Pero aquella profusión de palabras inútiles trataba de hacer creer que todas aquellas doctrinas eran cosas muy naturales en una filosofía tan elevada como el neoplatonismo, del cual el autor del libro era uno de sus representantes. Una sola cosa llamó la atención de Agustín, si quiera no la comprendiese entonces, y era que la obra hablaba con soberbio orgullo de los misterios más elevados, pero no contenía ni la menor indicación del descenso de Dios hasta el hombre. <sup>(4)</sup>

**8. El conocimiento de Dios como vida, el Cristianismo como religión absoluta y única.**—Esto nos enseña lo sublime y profunda que es la doctrina cristiana ha-

(1) Pausan., 1, 17, 1; 3, 20, 10. Sófocles, *Oed. Col.*, 1667.

(2) Liv., 10, 23.

(3) Séneca, *Apocolynth.*, 8. Nec cor nec caput habet.

(4) Agustín, *Confess.*, 7, 9, 13; 21, 27; 8, 2, 3.

blando de Dios. Sublime es lo que hemos aprendido, mediante su luz, sobre la vida íntima de Dios, sobre las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero más incomprensible es para la inteligencia humana aquella parte de la Revelación que nos hace conocer cómo Dios, que por completo se basta á sí mismo, por amor y compasión á nosotros, ha descendido hasta nosotros para elevarnos hasta Él. Esta doctrina no ha sido proclamada en términos ininteligibles; por lo contrario, no pueden ser más sencillas las palabras que la expresan. La inteligencia no encuentra dificultad alguna en comprenderla; las dudas sobre este punto nacen, como en todas las cuestiones de fe, de la corrupción del corazón, el cual siente por la palabra humildad un horror invencible.

Que Dios no haya vacilado en sacrificar á su Hijo por la salud del mundo; que el Hijo de Dios haya muerto por sus enemigos, para convertirlos en amigos y aun para hacerlos hijos de Dios y hermanos suyos; que experimente más alegría por un pecador que se convierte que por la perseverancia de los que nunca le han sido infieles; así como la parábola del hijo pródigo, del buen pastor, del médico de las almas, puntos son todos estos que constituyen el mayor misterio de la fe, y la piedra de escándalo por excelencia, principios cuya grandeza no se comprende más que por la propia humillación y por la sumisión del corazón, del espíritu y de la acción, en una palabra, del hombre completo, á lo que la fe nos revela acerca de Dios.

Lo que constituye el honor y el sello distintivo del Cristianismo, es que no hay en él únicamente un conocimiento especulativo de Dios sin acción, ni una vida íntegra sin transformación interior del espíritu por la fe. En donde se exija únicamente el pensamiento, ó el sentimiento, ó la acción; allí en donde se divida el hombre, allí no puede mantenerse el Cristianismo.

O todo, ó nada; tal es el carácter distintivo de la religión cristiana. Cuando no puede poseer al hombre completo, renuncia á él. En donde hay parcialidad, reina la